



A. Carroggio, (1999) *La Portora*, (73x54 cm) Barcelona –propiedad del autor–

¡cuidado con eso del arte!

Google (Oxford Languages) define la lógica como: *“Parte de la filosofía que estudia las formas y principios generales que rigen el conocimiento y el pensamiento humano, considerado puramente en sí mismo, sin referencia a los objetos”* Bien, al margen de que no existe un pensamiento sin referencia directa o indirecta a los objetos, es una definición ambigua. Considerar que la lógica es una parte de la filosofía nos induce a pensar que la filosofía comprende a la lógica y, por lo tanto, la lógica nace de la filosofía; es decir la existencia de la lógica exige la existencia previa de la filosofía. Esto pone en entredicho a la filosofía, porque, si la filosofía fuera anterior a la lógica, la filosofía podría no ser lógica y, en consecuencia, ser la amante de la sabiduría... ¿ilógica? ¡Menudo compromiso para a filosofía!

Aunque, también podemos considerar la lógica que, como parte de la filosofía, ha de tener existencia previa, ya que las partes existen antes que el todo. Es decir, un objeto no existe si previamente no existen sus componentes: dimensiones, materiales, color, etc. Así pues, debemos considerar a la filosofía como deudora de la lógica. Siguiendo este argumento, hemos de tratar el Universo como un todo consecuencia de la previa existencia de la materia, ya que sin materia, en cualquiera de sus formas, no puede existir el Universo. Por lo tanto, las leyes del Universo han de ser consecuencia del comportamiento de la materia y la lógica el procedimiento inherente de la materia.

Veamos cómo. Supongamos un punto inicial –el no-universo- a partir del cual se crea la materia -cualquier forma de materia- pero, como es evidente, mediante un proceso selectivo únicamente subsiste la que posee las propiedades adecuadas; de dónde, las leyes universales son el resultado de las propiedades de la materia subsistente.

La subsistencia de esta materia nos lleva a deducir que la evolución no es una actuación exclusiva de los seres vivos; sino que hay que considerar que el ser vivo, como ente material, se ajusta a un comportamiento previamente consolidado por la materia desde su creación.

A partir de estos planteamientos, podemos establecer un principio insoslayable: la lógica como forma esencial de acción en donde la causa siempre es anterior al efecto y la evolución se manifiesta como una consecuencia de este principio. A su vez, podemos concluir que cualquier agrupación de materia sigue los principios que emanan del comportamiento de los elementos primordiales que la componen. El ser humano, como agrupación compleja de la materia del Universo, actúa en base a los principios que regulan el comportamiento de cada uno de los elementos materiales de que está compuesto, ya que estos

principios son consustanciales a la existencia de la materia, emanan de ella y sería inadmisibile que el todo subsistiera en contradicción con alguna de sus partes; por ejemplo, no podemos pretender la existencia de un objeto de color azul sin la existencia del color azul.

El corolario del intelecto, como observador del Universo, indefectiblemente tiene que determinar que todo suceso siempre tiene una causa y, por lo tanto, la causa es anterior al efecto¹. Desde este punto de vista, hay que asumir la lógica como un principio universal.

Puestos a imaginar opciones, podríamos, incluso, suponer la creación de materia ilógica, pero, por sus mismos principios, debería existir antes de su creación, lo cual, es insostenible. La lógica, pues, es el principio comportamental del Universo y no puede ser alterado; de donde podemos deducir que no puede existir nada que no sea lógico.

Sirva este rollo para considerar que las artes se ajustan siempre a principios lógicos y cualquier pretensión en contra nace de la ignorancia. Cuando se habla de arte se oye decir que la lógica no existe y que el arte se sitúa en un terreno superior; que los artistas pueden asumir conductas que van más allá de la lógica y, no conformes con esto, se propone que su obra adquiere un valor superior, precisamente, porque deja de ajustarse a principios lógicos. El inconveniente es que quienes juzgan esas obras, ya sean profesionales, comerciantes, críticos, historiadores o coleccionistas, desconocen las bases que sustentan la verdadera obra de arte.

Puestos a hablar de arte, primero, intentemos definir qué es el arte. Entiendo que el arte es la manifestación de los cualidades del ser humano en su máxima expresión. El arte no es una actividad, el arte no se practica, sino que es la consecuencia de la actividad llevada a su nivel más elevado; naturalmente, son escasos los que consiguen alcanzar este nivel y, evidentemente, todavía son menos los que, fuera de la práctica de la actividad correspondiente, puedan apreciarlo. Obviamente, el mérito artístico de una actividad es proporcional a su complejidad.

En algunos de mis artículos, hago hincapié sobre la intromisión de aquellos que se consideran expertos de eso que llaman "arte". No saben qué es, pero ya les va bien esta ignorancia, así pueden mangonear el pensamiento del pobre mortal, el hombre de la calle al que es lícito aconsejar, catequizar y convertir a la sublime religión del "arte".

La opinión de Ortega y Gasset sobre estos "entendidos" es muy esclarecedora:

"Yo leo los escritos de los hombres que saben de historia del arte. Los leo con respeto, con fruición. Admiro su paciencia, su laboriosidad, el cuidado minucioso que desarrollan al estudiar ciertos lados de la obra de un pintor, el ingenio, el talento, a veces grande, con que perciben singularidades de un estilo, de un cuadro, de una escultura. En suma, aprendo de

¹ Naturalmente, cualquier suceso originado en este Universo a partir de su

esos trabajos una enormidad de cosas que suelo ignorar. Ahora que, de paso, advierto la ignorancia no menos enorme que ellos padecen y en que a fondo se sumergen, respecto a una porción de cuestiones, sin aclararse las cuales, ni que decir tiene, no se puede saber de historia del arte. Por lo pronto, no tienen ni la más remota idea de lo que es la historia y sólo una espeluznantemente vaga, sonambulica y funambulica de lo que es arte, de lo que es "ser pintor", de los componentes sociales o colectivos que integran la obra artística personal, etc., etc.

De donde resulta que "el hombre que sabe historia del arte" es una figura bastante utópica y a la que convendría apretar un poco las clavijas."²

Según estos "entendidos" las artes pueden practicarse saltándose a la torera los planteamientos lógicos, en donde, el conocimiento razonado, el desarrollo del oficio, el juicio crítico de la obra debe quedar en manos de advenedizos que no han realizado la actividad de la que se consideran expertos. Estos expertos no han dedicado horas, días, meses, años a practicar y perfeccionar el oficio y a conocer los más elementales principios de cualquiera de las artes que tanto presumen conocer.

Pensar que las grandes obras pueden ser fruto de la improvisación, del desconocimiento, de la inspiración o del don divino, es reconocer la absoluta ignorancia sobre cualquiera de esas actividades. Elogiar la obra de un desequilibrado, de un drogadicto o de un alcohólico es encumbrar la estupidez humana. Es cierto que es muy difícil percibir la obra bien hecha y de este aspecto se aprovechan los comerciantes y los teóricos del "arte". Gran parte de la obra actual no tiene sustento real, todo es improvisación, originalidad, extravagancia, ruptura con el pasado, como si la ruptura fuera un valor en sí misma. La ignorancia lleva al coleccionista a tener obras de Monet junto a las de Sorolla; obras de Frida Kahlo al lado de las de Zorn. ¡Tanto da! lo importante es tener de todo, como el coleccionista de sellos, cuanto más mejor; total, no son capaces de ver la diferencia entre uno y otro pintor.

No me atrevo a imaginar el día que se perciba la calidad de las obras bien hechas; este es un mundo de acomodados que se conforman con cualquier cosa, ya que lo que importa es la opinión de los "entendidos". ¡Qué arriesgado es opinar fuera del colchón de la opinión general!

Por otro lado, el relajamiento de la opinión puede conducirnos al caos. ¿Qué pasaría en un hormiguero si cada hormiga actuara según su parecer? Tengo la impresión de que ya estamos en el inicio de este

² Ortega y Gasset, J. (1966) "Goya", Colección El Arquero, Revista de Occidente, Madrid,

tremendo desorden que nos lleva a aceptar el arbitrario pensamiento del individuo, sea quien sea, en donde la opinión del imbécil tiene el mismo valor que la del experto.

Siento un gran temor por el destino de las grandes obras de arte. De momento y mal que me pese, habrá que interceder por el mantenimiento de la religión como gran sustentadora de las obras de arte. Porque ¿qué pasaría si la Iglesia desapareciera? Los millones de obras de arte que, durante miles de años, han estado a su cuidado: catedrales, conventos, esculturas, pinturas, obras literarias, documentos, en fin, tesoros de incalculable valor que, si no fuera por la Iglesia, no solamente no se habrían creado, sino que no habrían llegado hasta nuestros días. Si la Iglesia desapareciera, estas obras acabarían en manos de aquellos que, conforme a peregrinas ideas, promoverían su reparto y serían adjudicadas en base a intereses presuntamente equitativos y "democráticos". El Moisés de Miguel Ángel en manos de un fabricante de refrescos; el Inocencio X de Velázquez pasaría a engrosar la colección de un político; La Pietat de Miguel Ángel comprada por un jeque árabe; Notre Dame convertida en un centro comercial. Naturalmente, los museos seguirían el mismo criterio y El David de Miguel Ángel quedaría muy oportuno en el zaguán de la casa de un homosexual. Y, ya puestos a repartir, Las Meninas podrían decorar el cuarto de los hijos de un millonario ¡allí quedarían tan bien! Claro que, en la entrada de un instituto de enseñanza media del estado, también sería un lugar muy adecuado.

De la lógica al arte y del arte a la religión; aparentemente todo está conectado, hasta el punto que la Iglesia, el mayor coleccionista de arte del mundo, ha adquirido obras lógicas para promocionar sus creencias ilógicas ¡qué tremenda contradicción!

En último término, las artes dependen de dos escenarios fundamentales: clientes muy ricos y clientes nuevos ricos. Los primeros, los antiguos reyes, exigían del artista la perfección del oficio, mientras que los segundos se valen del artista para encumbrar su propia imagen. Cuando desaparecen las grandes casas reales, desaparece la gran pintura, la gran escultura, la música. Sólo queda la Iglesia como gran coleccionista, pero la Iglesia, sin la monarquía pierde vigor y deja de ser el gran cliente que fue antiguamente.

Como consecuencia de la decadencia de la pintura y de la escultura se ha provocado un vacío al que han ido a parar los conocimientos de los antiguos maestros; un profundo y oscuro abismo que ha engullido el oficio de los grandes artistas. El pintor de hoy no recibe el saber que antiguamente se transmitía en los talleres y comete errores que ya fueron solucionados y tiene que resolver conflictos sin poder constatar su resultado.

En la actualidad, la pintura y la escultura se nutren de verdaderos disparates, obras sin sentido sustentadas por la sin razón, la ciencia infusa, la improvisación y la ignorancia. La lógica ha abandonado definitivamente a las artes.

Todo el entramado del mundo artístico ha caído en manos de “entendidos” que presumen de conocer el nivel de las obras de arte y que dogmatizan sobre su calidad sin haber practicado ninguno de esos oficios. Ignoran el largo y solitario camino del pensamiento personal. Banalizan a Sorolla cuando insiste que *“No hay que seguir a los otros pintores antiguos o contemporáneos. Sólo puede existir de maestro la naturaleza. Cada uno debe de seguir su propia iniciativa”*³ ¿Tienen idea del compromiso que conlleva este proceder?

Parece que esta frase abre la puerta a la improvisación desde la que cada uno puede actuar según su capricho sin que importe el conocimiento del oficio y se conceden méritos a obras realizadas por ignorantes, por ambiciosos que utilizan el oficio por razones espurias; se dan oídos a ineptos incapaces de diferenciar las chapuzas de un aficionado de las obras realizadas por un profesional.

Se menosprecia el tiempo necesario para realizar las obras de gran nivel y se ignora a los pintores que, como Sorolla, advierten del largo camino del conocimiento del oficio: *“¿Cuántos años he tardado en limitar este arte? ¡Veinte años! Hasta el cuadro mío que hay en el Luxemburgo (se está refiriendo a La Vuelta de la Pesca) no vi mostrármeme en toda su plenitud el ideal que yo perseguía. Fue una gestión laboriosa, pero metódica y razonada”* y más adelante añade: *“A mi conciencia artística no le faltaba más que desprenderse del...miedo”*⁴

Parece ser que los veinte años de dudas, de miedos de Sorolla no hay que tenerlos en cuenta; hay que escuchar las “sabias” opiniones de intrépidos críticos y arrogantes aficionados “explicando” los méritos de la pintura de Sorolla, de la de Zorn o de la de Velázquez.

¡Qué desprotegidas se encuentran estas profesiones!

Alberto Carroggio es pintor

³ Simó, T. (1980), “J. Sorolla”, Vicent Garcia Editores S.A., Valencia, pag.129

⁴ Muñoz, A, “Joaquín Sorolla, Viajero de la Luz”, Diputació de València, Valencia,1998 pag. 54